

UNA MIRADA ACERCA DE LA ENVIDIA Y LOS CELOS

Clara Nemas

Este encuentro ha sido para mí una invitación a revisar conceptos que han sido muy trabajados ya en las teorías psicoanalíticas. Me he propuesto, o así me he encontrado, preguntándome qué hay de nuevo, o más bien qué podría decir que no fuera remitirlos a los excelentes artículos escritos sobre el tema, que podrían resultar en un listado bastante impresionante por su extensión y también calidad. Así que voy a presentar brevemente algunas ideas no muy sistematizadas que fueron apareciendo cuando empecé a pensar en responder a esta invitación de la Secretaría Científica.

¿Me pregunté qué es lo que nos hace regresar una y otra vez sobre la envidia y los celos? No sólo en la mesa de hoy, por supuesto. Es algo que viene sucediendo en publicaciones recientes sobre este tema. ¿Por qué aventurarnos en algo tan largamente estudiado tanto en el arte como en el psicoanálisis donde ha producido respuestas tan disímiles como encontradas? Quizás una respuesta es simplemente porque pensamos que es inagotable. La envidia es un factor de innegable presencia clínica, que plantea problemas de difícil solución que pueden complicar el proceso psicoanalítico. Creo que en nuestra experiencia cotidiana compartimos cómo la envidia gravita persistentemente en la contratransferencia, originando enojo, desaliento y otras reacciones similares.

Sin embargo, por otra parte, pensé que esta persistencia se debe a que hay aún preguntas que siguen abiertas en nuestra comprensión de la mente y los vínculos humanos. ¿Qué nos liga a nuestros objetos? ¿Cómo seguir explorando las luchas que todos enfrentamos cuando tratamos de darle algún sentido a cómo el amor y el odio dan forma a nuestros vínculos? ¿Cómo entender las vicisitudes del amor y la dependencia cuando al mismo tiempo estamos o nos sentimos tan solos y desamparados? ¿Será que aún con el trasfondo de las épocas y las nuevas patologías los seres humanos seguimos sufriendo por lo que fue llamado "las emociones básicas del hombre"?

Algunos aportes que parten de las ideas kleinianas

La envidia es algo perturbador, como emoción y como concepto.

La idea freudiana de envidia al pene despertó el enojo de muchas mujeres, sobre todo entre las feministas. La idea de Klein de envidia constitucional despertó una tormenta de protestas entre muchos analistas y sigue siendo un concepto controvertido. Es interesante que haya sido así en el mundo psicoanalítico. En el mundo de las religiones parece haber sido aceptado que la envidia haya sido ubicada en el centro de los orígenes de la destructividad satánica. Tampoco se ha cuestionado en la literatura. Entre los muchos ejemplos resaltan Otelio y Yago, en quienes el vínculo entre envidia y celos es ya paradigmático.

Melanie Klein no fue la primer autora que se refirió a este concepto, pero sí fue quien ubicó la envidia en el centro de la teoría psicoanalítica y fue más allá de la envidia fálica, a la que Freud le dio un lugar central en su teoría de la femineidad. Klein extendió salomónicamente este concepto a todos los seres humanos y le dio un carácter especial al hacerla arrancar desde el comienzo de la vida. Para ella, la naturaleza primaria de la envidia tiene que ver con el objeto inicial – el pecho – y con el carácter singular de ser endógena, esto es, de ubicarse más allá de toda frustración.¹ Obviamente esta cualidad primaria de la envidia ha traído desde el comienzo y sigue generando, muchas controversias.

¿Cómo definiríamos los celos en este marco? Los celos implican una relación triangular; constituyen una piedra angular de la teoría Freudiana del Complejo de Edipo. También en Klein los celos implican una relación triangular y su objetivo es poseer al objeto amado y excluir al rival.

Sin embargo, aun cuando intentemos hacer discriminaciones conceptuales, existe un espectro en la clínica que atraviesa diversos grados de intensidad e interrelación entre estos afectos en la constitución del carácter y las defensas, que hacen necesaria una exploración de las fantasías subyacentes en cada momento.

¹En este aspecto se diferencia de la voracidad. Ésta consiste en una introyección llevada a cabo con hostilidad consecuente a una frustración. La intención es poseer todo lo bueno que tiene el objeto sin considerar las consecuencias. Sin embargo, el resultado final puede ser una inhibición de los impulsos orales por culpa, a estados de anorexia o sensaciones de vacío.

Para mí, el carácter de primario de la envidia que más me impacta es que está dirigida al objeto primario, a la presencia del objeto y a lo que éste objeto tiene –de bueno- para dar. El dolor y los sentimientos de injusticia que la envidia provoca tiene un sustrato en la noción de imposibilidad de disfrutar y tolerar lo que se nos ofrece en la medida en que inmediatamente es sentido como algo ajeno, no propio - y aquí el contacto con los celos - como algo que puede llegar a ser compartido o recibido también por otros.

Se ha dicho que los celos están relacionados con la problemática del tener, mientras que la envidia lo está con la problemática del ser.

Es decir que quizás el factor más importante que devela la envidia es la intolerancia no sólo a lo bueno que el otro tiene y me ofrece, sino a que eso denuncia una presencia, la presencia de otro como alguien ajeno, distinto al sujeto. Lo que Britton ha denominado "alergia a la alteridad", una especie de sistema autoinmune mental: una intolerancia a reconocer que uno es dependiente de un objeto sobre el que tiene poco o ningún control. Esta ilusión narcisista, esta fantasía de que el objeto y el sujeto son uno, que es necesaria como protectora de una ansiedad que podría ser avasalladora para el bebé, puede devenir patológica. Me refiero a aquellas personas que se pasan la vida construyendo un carácter que proteja la vigencia de esta fantasía; cuando esto ocurre podemos pensar que hay dolorosos sentimientos de envidia presentes que están siendo defendidos.

Que lo primario se defina como constitucional o no, creo que es más difícil de resolver y estuvo presente también para Klein, quien habló de la interacción que se da entre el mundo interno y las condiciones externas desde el comienzo de la vida. Pienso que todas las experiencias afectivas se dan y ocurren en las relaciones con otras personas, por lo tanto nadie puede encontrar un componente constitucional que no haya sido modificado por la experiencia. Tampoco creo que podemos decir, en el consultorio, cuánto de lo que le ocurre al paciente es constitucional, cuánto se desarrolló debido a sus experiencias tempranas y cuánto es el resultado de un proceso de interacción entre ambas – las series complementarias. Lo que uno sí podría decir a partir del modo en que el paciente está con nosotros en el consultorio es cómo se despliega la envidia en su mundo interno y en su relación con el analista y cuáles serían la defensas prevalentes.

Sí pienso que es importante diferenciar en la clínica entre los sentimientos envidiosos y aún entre aspectos importantes de la personalidad teñidos por la envidia y que pueden fluctuar en distintos momentos del análisis y de una vida, de aquellas situaciones más cristalizadas en las que la personalidad está totalmente comandada por la envidia. En relación con esto, algo que los analistas tenemos que tener en cuenta y que a veces el impacto contra transferencial hace difícil de sostener, es que la persona digamos que “afectada” por una naturaleza envidiosa no sólo es un agresor potencial sino también una víctima de su propia disposición, dando lugar, de alguna manera, al sentimiento de profunda injusticia que viven estas personas. La injusticia que estos pacientes plantean en lo que podríamos llamar ‘el reparto de los dones, lo que a cada uno le toca’, se relaciona con el significado otorgado a este ‘reparto’: en qué medida se sienten perjudicados por el reparto desigual objetivo y/o en qué medida desean y deciden que así sea como un efecto de la envidia.

Pero retornemos a la propuesta del par envidia y celos con un dato histórico interesante. En el año 1932, Joan Riviere, contemporánea de Melanie Klein, traductora de la obra de Freud y a veces “traductora” de las ideas de Klein, escribió un trabajo titulado Los celos como mecanismo de defensa en el que explora la dialéctica entre celos y envidia. En este trabajo muestra con mucha claridad que es la envidia oral la que comanda los celos mórbidos de la mujer en su búsqueda de amor inalcanzable del que se siente privada. Los ataques envidiosos hacia los padres – hacia la escena primaria – dan cuenta, en sus palabras, “del sentimiento agudo y desesperado de falta y pérdida, de desesperada necesidad, de vacío y desolación sentido por el sujeto celoso en un triángulo”.² No quiero extenderme en esta presentación,

² Si bien no me voy a referir a este tema más en detalle, quisiera mencionar el trabajo de Joan Riviere sobre la reacción terapéutica negativa, que podría re-titularse como Los que fracasan al triunfar. De un modo gracioso que parece que “la pinta”, le discute a Freud que estos pacientes son inanalizable debido a su profundo sentimiento de culpa ya que, dice, si así fuera, él no habría dedicado 18 páginas al tema en El Yo y el Ello. J. Riviere propone que estos pacientes, de quienes piensa que hay que atender su mundo interno y sus relaciones de objeto, muestran una negación maníaca de un terror, ya que temen sufrir una depresión que los arrasaría. Al decir de Horacio Etchegoyen lo que J. Riviere no tiene en cuenta es que las defensas maníacas, que tan bien describió, no sólo sirven para evitar el dolor depresivo sino también para agraviar al objeto de amor, con lo que se reabre el círculo del amor y la culpa profundamente enterrados.

pero el material clínico con el que ejemplifica sus ideas es muy claro e interesante.

Tiempo antes, en el año 1925, para continuar con algo de historia, Klein se comprometió mucho con el análisis de una niña de 6 años quien se quejaba de que "Hay algo en la vida que no me gusta" y que tenía intensos conflictos con sus padres edípicos, su control esfinteriano y particularmente con la madre. Este caso puede ser considerado como el antecedente más temprano del libro *Envidia y Gratitud*, del año 1957. Me gustaría detenerme un momento en las ideas propuestas en este trabajo ya que es un historial que quizás se lee poco.

En este artículo la envidia oral encontrada en el marco del complejo de Edipo no se distingue de los celos y la rivalidad. El planteo de Klein es que la envidia oral está dirigida hacia la gratificación oral y genital que la niña asume que sus padres experimentan en el coito del que se siente excluida. Erna sentía que toda exteriorización de los sentimientos de la madre hacia el padre tenía la intención de hacerla sentir celosa y que era el modo en que la madre le robaba el padre a la niña y lo ponía en contra de ella. El valor que el padre parecía tener para Erna estaba referido a su deseo de vengarse de la madre, robar sus posesiones, entre las que figuraba el padre y además y herir sus sentimientos.

Los sentimientos descritos por Klein en las sesiones son predominantemente de odio; la envidia es inferida y conforma la base de los sentimientos hostiles. ¿Cuál sería el contenido de la fantasía que sostiene estos sentimientos? La fantasía original tomaba la forma de un coito que excluía al bebé; en el mundo interno el bebé siempre participa de la escena primaria, lo que se evidencia justamente por sus sentimientos de exclusión. Erna ha ido construyendo una teoría en la que la madre posee todo lo valioso, incluyendo las heces, los bebés y el pene del padre. Un pensamiento circular sugiere que esos contenidos son deseables porque la madre los posee, son valiosos por eso y por lo tanto son deseables. Esta madre tan completa parece el precursor de la fantasía de un pecho inagotable que tiene su origen no en el hambre sino en la voracidad. Una madre que es concebida de esta forma es la premisa para una falacia que, al atribuir la completud a un robo, provee razones para el odio y los ataques.

Creo que Meltzer ha desarrollado más que otros autores esta relación entre celos, envidia y destructividad. Este autor discrimina dos tipos de celos: los delirantes y los posesivos que a veces aparecen un poco confundidos en la nomenclatura, pero que se refieren a diferentes configuraciones más allá de la denominación que reciban. Encuentro muy interesante en su propuesta la oportunidad que nos ofrece para comprender algunos aspectos de la estructura social, a través de mostrar cómo estas fantasías internas se expresan a su vez en mitos sociales.

Los celos llamados delirantes están relacionados con la fantasía de los bebés internos en el cuerpo de la madre. Propone el autor que esta concepción del cuerpo materno, podríamos decir mejor, esta convicción o certeza acerca del interior del cuerpo materno resulta de un voyerismo que por sus características tan intrusivas y posesivas hacen pensar en la presencia de un ataque envidioso. En esta fantasía el coito parental es concebido a nivel de objeto parcial oral en la medida en que el bebé, (pero estamos hablando de un estado mental, no sólo de una etapa) dominado por sus deseos orales, considera la escena primaria como un banquete al cual están invitados los bebés internos – “acomodados”- del cual los bebés externos están excluidos. Estos bebés internos no sólo participan del banquete sino que son depredadores; esta fantasía lleva al sujeto a tener él mismo una actitud depredadora, santificada por la idea de que vale todo frente al despojo y la anomia de la cual él es víctima. Se denuncia a los expoliadores, pero se depreda a su vez, sólo que “icon razón!”

Los celos posesivos, tal como los entiendo, operan de la siguiente manera: mientras que la envidia hacia los objetos parentales está cargada por sentimientos de culpa, los celos posesivos están acompañados de una actitud santurrón e hipócrita de injusticia que se expresa por la pelea por una justa distribución de los bienes entre los rivales. La identificación proyectiva sería el mecanismo por el cual se efectúa una apropiación de las cualidades del objeto envidiado, a través de la intrusión y toma de posesión de sus cualidades a la vez que se proyectan los aspectos indeseables y hostiles en el “competidor”

No quisiera terminar sin referirme aunque sea brevemente al delicado tema de la interpretación de la envidia. Cada vez los analistas estamos más conscientes del sufrimiento padecido por el paciente envidioso y de

lo inútil de la interpretación insistente de la envidia a menos que se pretenda instalar un círculo vicioso de ataque y defensa cada vez más extremo. Por otra parte, interpretar la envidia directa e ingenuamente casi nunca resulta operante.

Quisiera compartir una hipótesis propuesta en un trabajo que hemos escrito con Horacio Etchegoyen titulado Contrapunto entre Envidia y Aprecio. Pensamos que considerar el contrapunto entre envidia y aprecio (palabra derivada del material de una paciente que la usa espontáneamente) implica una relación más igualitaria sujeto-objeto. Tanto la gratitud como la admiración ponen demasiado el acento en el objeto [idealizado]. El aprecio, en cambio, reconoce la capacidad del sujeto para captar los dones del objeto, sin necesaria idealización.

Es así que planteamos la hipótesis de que, en relación con la envidia, existe una singular intolerancia hacia la propia capacidad para reconocer los aspectos valiosos del objeto. Nos basamos en ese trabajo en la relación entre Salieri y Mozart. El Salieri de Milos Forman y Peter Schaffer ha quedado en el imaginario de los amantes del arte como la encarnación paradigmática de la envidia, así como Otelo ha sido el de los celos.

Tomamos a Salieri como el epicentro de la hipótesis fundamental de este trabajo porque, más allá de su admiración y su envidia por el genio de Mozart, nadie reconoció, ni siquiera él mismo, su capacidad para apreciar los dones del gran músico. Salieri nunca pudo valorar su capacidad para comprender en profundidad las cualidades de la música de Mozart. Es justamente en esa capacidad donde residía su propio don, del que él mismo abjura al final del drama, cuando le increpa a Dios no sólo por haberle otorgado a Mozart la divina inspiración, sino, más todavía, por haberle dado a él, a Salieri, el don de apreciarla

Esta intolerancia lleva a la paradoja de que la misma sensibilidad que permite apreciar los dones del objeto – tanto los percibidos como los atribuidos por identificación proyectiva desde el self – es a la vez la fuente de un dolor insoportable. Dicho en otros términos, la capacidad para reconocer las buenas cualidades del objeto no puede ser aceptada como un aspecto valioso del propio self. Por el contrario, como un rendimiento peculiar de la envidia, se transforma en prueba de la propia minusvalía.

Meltzer habla de un camino regresivo de los celos hacia la psicosis que da cuenta de la complejidad con la que nos enfrentamos en la clínica y que hace difícil sostener las discriminaciones que conceptualmente hacemos, aunque son necesarias para enriquecer nuestra capacidad de observación y descripción.

Son muchos los aspectos que he dejado de lado, pero espero que podamos tener una base para nuestro intercambio y que podamos seguir pensando, que de eso se trata.

Muchas gracias.